

TADEO JONES 3

LA TABLA
ESMERALDA

La maldición de la momia



TADEO JONES 3

LA TABLA ESMERALDA



©TELECINCO CINEMA, LIGHTBOX ANIMATION STUDIOS,
IKIRU FILMS, ANANGU GRUP Y LA TADEO PELÍCULA AIE

Este libro está basado en el guion de la película de TADEO JONES 3. LA TABLA ESMERALDA

© de la edición española: Editorial Planeta S.A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)
Primera edición: julio de 2022
ISBN: 978-84-08-25356-3
Depósito legal: I.0.601-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Planeta Junior



En mitad de la selva mexicana, una antigua pirámide olmeca se levantaba desafiante. Cerca de allí, tras cruzar una cueva y unas viejas ruinas soterradas, un perro pisó un charco y siguió su camino a través del desfiladero que atravesaba el paraje subterráneo.

Una salamandra salió huyendo cuando el perrete, Jeff, se le acercó demasiado. Un poco más adelante, a la luz de una antorcha, Tadeo Jones escudriñaba antiguos símbolos tallados en la piedra. El animal fue hasta Tadeo y se quedó a su lado, jadeando.

—Fíjate, Jeff: este símbolo no encaja con ninguno de los del mural.

Tadeo deslizó la mano sobre la piedra. Buscaba algún mecanismo secreto. Acababa de darse cuenta de algo cuando una voz resonó a su espalda.

—¡No toques nada!

Tadeo pegó un brinco. Se levantó y vio como se le acercaban tres arqueólogos. Eran Brian, Ann y Ryu.



—¡Chicos, he encontrado algo! Y creo que es importante —les dijo Tadeo.

Ryu dejó caer un cubo metálico que llevaba en las manos y le soltó, de mala manera:

—¡A callar! Tú no eres arqueólogo, solo un aprendiz. ¡Limpia los pinceles, chaval!

—¡Pero si ya los he limpiado tres veces!

Los otros tres sacaron unos pinceles y los fueron arrojando al cubo. Tadeo puso cara de fastidio.

—¡Y apaga esa antorcha! Que le vas a prender fuego a todo —añadió Brian con idéntico menosprecio.

Ann se sumó al circo:

—¿Por qué no usa la linterna? ¡Menudo *flipao!*

Los tres se echaron a reír en la cara de Tadeo, que no tuvo más remedio que armarse de paciencia. En tono conciliador insistió:

—Escuchad, creo que este símbolo de aquí podría ser la clave...

Ryu puso los ojos en blanco y dejó escapar un gran suspiro.

—Bueeeeno, déjame verlo... —le respondió. Se ajustó las gafas y se agachó para leer—: «Sobre este abismo pende una maldición. En tu mano está liberar sus cadenas. Quedas advertido». ¡Bah! La típica superstición maya. Esto no significa nada.

Tadeo levantó las cejas.

—¿Qué? A mí me parece que está muy claro...

Ryu le dedicó una miradita.

—Lo único que está claro es que eres un plasta.

—¡Escuchadme! Solo tenemos que pulsar aquí.



Tadeo apretó el símbolo que le había llamado la atención al principio. Enseguida se oyó el roce de la piedra contra la piedra y una trampilla se abrió bajo sus pies. Tadeo soltó un grito de sorpresa y cayó por ella, seguido por Jeff. Sin inmutarse, sus compañeros los vieron desaparecer en la oscuridad.

Habían caído por un pozo oscuro y recubierto de vegetación hasta quedar atrapados en unas lianas. Jeff se soltó ágilmente. A Tadeo le costó un poco más, pero también lo consiguió.

—¿Dónde estamos?

Observó a su alrededor hasta descubrir un puente de piedra que llevaba al otro lado de un abismo. Jeff lo atravesó y llegó a una plataforma donde descansaba un sarcófago protegido por cadenas y custodiado por dos esqueletos cubiertos de telarañas. Se puso a jugar con uno hasta que le arrancó una tibia.

—¡Jeff, no toques nada! —le gritó Tadeo.

Pero ya era tarde. El esqueleto se desplomó convertido en un montón de huesos y dejó a la vista un colgante esmeralda.



Tadeo se acercó al sarcófago y descubrió que estaba lleno de jeroglíficos egipcios.

—¡Hala! ¿Qué hace un sarcófago egipcio aquí?

Antes de poder hacer nada, otra losa se hundió bajo sus pies. Se oyó un rechinar metálico y el sarcófago se elevó por el aire, izado por las cadenas que lo envolvían, hasta perderse en la oscuridad.

—Oh, oh... —dijo Tadeo, que ya sabía cómo se las gastaban aquella clase de mecanismos.



Efectivamente, había activado una trampa. Una enorme rueda de piedra atravesó el lugar, rodando directa hacia él y destruyendo todo a su paso. Para colmo de males, Jeff se había quedado al otro lado del puente.

—¡Salta, Jeff! ¡Salta!

La mascota obedeció y cayó en sus brazos. La superficie donde estaban empezó a inclinarse hasta chocar contra una pared rocosa. Mientras Tadeo la escalaba, Jeff buscó un camino alternativo. Tadeo siguió avanzando por otro camino situado unos metros más arriba, cogió carrerilla y logró saltar al otro lado. Cuando se puso de pie, vio a Jeff a varios metros de donde él estaba.

—¡No te muevas! —le gritó.



El saliente donde se hallaba se desprendió y Tadeo tuvo suerte de poder agarrarse a una liana. Aprovechando el impulso, intentó llegar adonde estaba Jeff.

No obstante, se quedó corto y se estampó contra una roca puntiaguda. Empezó a deslizarse hacia un lado, pero las lianas pararon el impacto y lo impulsaron hacia arriba. Finalmente, cayó sobre un peñasco estrecho, donde consiguió agarrarse y ponerse de pie.

Jeff, emocionado, meneaba la cola.

—¡Jeff, quieto! ¡Voy a por ti!

¡Demasiado tarde! El perrete saltó en su dirección, le cayó encima y empezó a lamerle la cara con entusiasmo, provocando que la roca se tambalease.

—¡Oh, no! —tuvo tiempo de decir Tadeo antes de precipitarse nuevamente al vacío.

Por suerte, una mano lo agarró en el ultimísimo momento. ¡Era Sara!, que agarrada de una liana tiraba de ellos. Todos salieron despedidos por una abertura del techo y fueron a caer sobre las tiendas de campaña de la expedición que estudiaba la pirámide.



Tadeo se puso de pie y corrió junto a la chica.

—¡Sara! No te vas a creer lo que he encon...

—¿Qué hacías en una zona sin explorar? —lo interrumpió ella—. ¡Casi te cae la pirámide encima!

—Tranquila, no hay para tanto...

Pero, justo entonces, ¡BRRROOOOM!, las ruinas se hundieron. Tadeo miró a Sara y esbozó una sonrisa culpable.

Poco después era Ryu, el arqueólogo jefe de la expedición, el que se despachaba a gusto con Tadeo:

—¡Inútil, patán, manazas! ¡Tardaremos días en abrir otro camino!

Sara trató de defender a su chico, pero Ryu no atendía a razones.

—Estábamos a un paso de encontrar el tesoro del rey Pakal. ¡Ahora no lo defiendas!

—¡Allí abajo no está el tesoro! —explotó Tadeo—. Lo que hay es... ¡un sarcófago egipcio!

Todos lo miraron patidifusos. El único que parecía realmente interesado en lo que acababa de anunciar Tadeo era un hombre vestido de explorador que los observaba desde una tienda cercana.





Ryu le lanzó una mirada acusadora a Sara.

—No sé cómo nos convenciste para traer a un idiota que no sabe distinguir entre la simbología egipcia y la precolombina. Ni siquiera ha terminado la carrera. ¡A su edad!

—Sí, vale. ¡Pero he vivido aventuras que no se enseñan en las aulas! —contraatacó Tadeo.

—¿Ah, sí? ¡Y qué grandes aventuras son esas? ¡Ilústranos!

Tadeo miró a Sara, pero ella negó con la cabeza. Era demasiado peligroso. Frustrado, Tadeo tuvo que morderse la lengua.

—Este equipo lo integran los arqueólogos más prestigiosos... —argumentó Ryu.

—¡Y los más guais! —añadió Brian.

—Y tú solo eres un peligro para la ciencia. Quedas expulsado. ¡Vete y llévate a tu perro y a ese loro del demonio! —concluyó Ryu.

Mientras tanto, Jeff mordía el colgante egipcio que había encontrado. Tadeo trató de quitárselo, pero, después de un tira y afloja, el perrete se lo tragó.

Sara trató de consolar a Tadeo. Cuando más tarde tuvo el equipaje listo, se despidió de él dándole un beso en la mejilla.

En otro rincón del campamento, el supuesto explorador que los había espiado marcó un número en su móvil.

—Tengo algo que te puede interesar —dijo.

—Lo sé —respondió una voz femenina al otro extremo de la línea—. Puedo sentir su poder.